

Carmen G. de la Cueva

Fragmentos.

Sé que los muertos
huelen a moho

mi voz es la voz del pájaro,
su silencio es mi muerte

si te pierdes,
busca asilo en mi boca
donde está la huida

que los pájaros vuelan
en bandada
y cuando llega el fin
morimos solos.

Pensamiento cruel.

¿Ha valido la pena destruirse?

Heridas las manos en el horizonte

sin poder nombrar el frío

es la muerte

quien devora mis raíces.

Grito en el vientre.

Sacudo el silencio

en vano

oigo hablar de los límites

cada sueño es un cadáver

y qué se yo del miedo

para qué nombrar el polvo

si la infancia se filtra

entre las grietas

si todo sabe a ceniza

¿dejaré que las palabras agonicen?

La herida. La sombra.

Parece que no existes
te escondes adentro
tras la húmeda frontera
de la garganta
jadeas
hendida en la carne
siembras semillas
en los huesos

cuando despiertes será tarde
quedará el rastro
del cuerpo donde
una vez aprendimos
el hambre y el frío
al borde de los campos.

Ceniza en los labios.

El recuerdo posee leyes
que van rasgándose como
costuras
solo quedan las llagas,
el óxido que viste
los cuerpos que no ven la luz.

Todo empieza a ser verdad mientras lo escribo.

Qué ocurre con la luz,
si es un abismo o
un misterio y el tiempo
no resiste su desgaste.

Callar no conviene.
No puedo quedarme
a esperar si llega
la palabra.

Como todas las mujeres enfermas.

Te daré un motivo. La frontera. Dos. El páramo.
Para vivir como un pájaro en las lomas
te daré unas alas. Para salvar los trazos enterrados
te devolveré unos ojos.

Has cruzado la ciudad para meterte en la bruma
y el desierto se traga la culpa.
Respira. El viento, salpicando tus raíces, te dirá
de qué está hecho tu vientre.

Antes de ser una cruz clavada en el desierto
fuiste mujer.

Contaré los gritos que tus ojos lanzan al barro

dentro de la tierra
unas manos

y te preguntas para qué morir si tu vida no vale
si en la ciudad límite
tu muerte no vale
si estás al borde del abismo
y tus gritos no se oyen.

Eres una cruz
clavada. Una cruz pintada. Cientos. Eres un error.
Un camino que guarda el rastro de una enfermedad
creciente.

Caen silencios sobre las bocas

dicen que estás muerta.